

HERIBERTO FRIAS

Calle de La Misericordia

Num 10.

México, Julio 27 de 1920.

Señor Alvaro Obregón.

Presente.

Muy digno y popular ciudadano:

Al dar a Ud mi cordial y respetuosa bienvenida, le adjunto los recortes de artículos míos en honor de Ud escritos hace dos años cuando, después de la persecución que sufrí del Gobierno Carrancista, estuve oculto en Guadalajara.

Va también el recorte de un artículo mío reproducido por " El Heraldó de México!" Esos artículos escritos en 1918, sin firma, sin espíritu de adulación, darán testimonio de mi actitud de ciudadano y publicista que mira en Ud al hombre fuerte y lúcido capaz de dirigir la reorganización nacional.

Con mi sincera adhesión, quedo de Ud con todo respeto,

Su leal amigo y S. S.

Heriberto Frias

BRAVURA

FRONTERIZA

En Honor del General Obregón

Un Episodio de la Guerra de 1847

Es creencia común tanto entre los solda- dos, como en la población general de Europa, que los Estados Unidos se han enriquecido de una manera fabulosa durante la presente guerra, y tan pronto como lo permitan las circunstancias, se verán desbordar hacia las costas americanas millares de inmigrantes, que irán a trabajar en aquellas comarcas, con el objeto de recubrir y reponer, en cuanto sea posible sus menguadas fortunas. Probablemente los Gobiernos europeos adoptarán algunas restricciones para impedir este aflujo del trabajo manual en aquellas regiones, y es posible también que el gobierno americano haga algo por su parte; pero cualesquiera que sean las precauciones que se tomen, este movimiento de inmigración se anuncia como el más extenso de cuantos se han sucedido anteriormente. La ley de inmigración, puesta en vigor el 10. de mayo, no ejercerá, probablemente ninguna influencia seria, pues con unos cuantos meses que los inmigrantes dediquen a su instrucción elemental, tendrán bastante para satisfacer las condiciones de alfabetismo que dicha ley requiere.

Hay que tener en cuenta que los individuos en general, que han de formar en este grupo, tienen condiciones especiales que los hacen más adecuados para el trabajo, y mejor acondicionados para la labor que mantienen en la América. Se trata de individuos que durante dos o más años, han quedado sujetos a las ásperas leyes de la ordenanza militar, se han acostumbrado a ellas, y están ya impuestos a la labor ruda con que se ha trabajado en las trincheras; han recibido, por decirlo así, una nueva educación bajo las banderas, y sobrios, moderados, moralizados en sus costumbres, y endurecidos en la tarea, constituyen en conjunto un grupo escogido de personas aptas para las labores más variadas.

Esta onda migratoria habrá de ejercer una competencia temible entre la masa general de trabajadores americanos, los cuales tendrán que esforzarse para poder vencer la competencia que se les ofrece, a fin de sostener sus puestos, ambicionados por los que abordarán tierra americana en busca de trabajo bien remunerado. ¿Habrá de permitírseles que se desborden en los campos del trabajo, amontonándolos como ganado en las fábricas? ¿Habrán de cerrarse los ojos ante la explotación de estos seres?

Fue la conducta observada hace doce años, cuando hubo un movimiento migratorio como el que anunciamos. Si se continuara una política semejante habría de complicarse, sin duda, el problema insoluble de la inmigración, añadiéndose las miserias de este pueblo a las que ya se sienten palpar en las filas de los trabajadores americanos. La organización moderna de los ejércitos europeos actuales, debe estudiarse detenidamente, pues se han reunido estas huestes no sólo por la fuerza del espíritu militar, sino por la de una organización que en su fondo lleva el convencimiento real o imaginario de que cada uno de sus miembros concurre con las cualidades raciales del grupo que representa. Así la organización alemana es ruda; resulta de la lucha y del trabajo impuestos con una severidad implacable; en tanto que en las organizaciones francesas o italianas se realizan las tareas por medio de un trato bondadoso a los trabajadores y soldados, aceptando los oficiales a sus subordinados como si fueran sus iguales, persuadidos como están de que estimulándolos en sus tareas, obtienen de ellos mejores resultados, sin que la disciplina se afloje, y disminuya la labor eficaz de cada uno."

Lo anterior basta, en nuestro concepto para que la clase obrera en nuestro país y especialmente en Jalisco se debata febrilmente, ansiando conquistar en un solo día su bienestar absoluto; tome nota, colaborando con el Gobierno en la obra organizadora del Trabajo, procurando no soñar demasiado en la felicidad quimérica, sólo posible en un porvenir muy lejano para la humanidad.

19

LA MEJOR

CAMPAÑA

Como la prensa tiene el deber de ilustrar, volveremos al estudio de tan importante asunto.

Salva de Honor al Gral. Obregón

Entre los polvorientos manuscritos encontrados en cierta biblioteca, leímos últimamente un episodio glorioso, referente a los heroísmos fronterizos de los mexicanos, en la guerra contra los invasores americanos de 1847.

"EL OCCIDENTAL," lo reproduce hoy, en honor de General Obregón:

"El general Taylor había tomado Monterrey y del centro de la heroica ciudad surgió un clamor de bárbara angustia y de infinita desesperación para la patria. ¡La justicia huía avergonzada; vencía al extranjero invasor; el estandarte de las estrellas flameaba triunfal sobre la ciudadela, heroicamente defendida por el mexicano!

La derrota, — *tristísima nox* de los ejércitos — tendía su clámide negra sobre las vastas regiones septentrionales.

Nuestras pobres tropas, valientes y hambrientas se replegaban al Sur azotadas por la sangrienta carcajada de los vencedores; ¡No las guiaba en la lúgubre noche de sus desgracias ni una sola estrella!

X X X

Mas no todo era apocamiento y triste pasividad ante el infortunio nacional!

¡Y si no, allí estaban los bravos lanceros de Urrea, aquellos indómitos jinetes, dragones terribles que amargaban siniestramente las victorias del invasor!

Aquellas caballerías asaltaban al día siguiente de las batallas a los triunfadores americanos, de improviso, fulminantes y sorprendentes, irradiando con noble ferocidad miradas y lanzas en un estruendo majestuoso y bélico . . . para retirarse después al escape vertiginoso de sus pequeños corceles.

Santa-Anna conocía bien el ímpetu de los jinetes del Norte, y si soñó en el triunfo antes de la heroica *Angostura*, fué confiado en el rayo de los regimientos de *Miñón* y de *Juvera*.

X X X

Lo más terrible y asolador para las tropas de la línea de operaciones del General Taylor eran las pérdidas de los convoyes de víveres y municiones que en largas filas de carros proveían a las necesidades del ejército, atravesando por los inmensos desiertos del Norte.

Bien escoltados iban los convoyes; pero las guerrillas de Urrea los asaltaban con impetuosidad tremenda, con inaudito brío . . . ¡Ferozes ataques de los vencidos hambrientos a los repletos triunfadores; rayos del odio noble y santo del oprimido reaccionario sobre el bienestar insolente de los bárbaros enemigos; ataques en que la rabia desesperada aplasta y destruye y aniquila en una orgía loca de estragos y venganzas!

Así fué; y no hubo retirada. Los caballos pastaban lejos en la llanura y por noticias del explorador avanzado, el enemigo traía dos compañías de infantería y dos piezas de a ocho. La casa estaba rodeada.

—¡Moriremos como mexicanos!—exclamó Ita.

—¡Pero mi jefe, van a agarrar lo que les habíamos quitado!

—¡Es cierto! . . . ¡Ah! . . . ¡A! reunirse, pronto!

X X X

Todos se reunieron delante del Jefe, quien ordenó que las cajas de parque, carnes, barricas de aguardiente, pólvora y pan, fuesen colocados dentro de altos montones de *rastrojo*—cañas secas—que servían para el ganado, y de los que había prodigiosa cantidad en el patio de la hacienda.

Aquellas pirámides de trozos de cañas secas y amarillas, eran tan altas que sus cúspides sobresalían de las paredes de la casa de la hacienda.

Y cuando tras rápida maniobra, todos lograron amontonar en el centro de tales hacinamientos lo arrebatado al enemigo, Ita repartió su gente para que también se introdujera, sepultada como legión faraónica del heroísmo, en las bases de aquellos dorados montes . . .

—O nos hemos de salvar, o todos, yanques y mexicanos, con riquezas y parque—desaparecemos . . . ¡Viva México!
. . . ¡Dios tenga piedad de nuestras almas!

XXX

Viendo el jefe de las compañías americanas que ni el mayordomo de la hacienda, ni peones ni empleados requeridos brutalmente para dar noticias de la gerrilla mexicana y sus botín, le indicaban con precisión el rumbo de su fuga, en un arrebatado de rabia ordenó incendiar la casa de la hacienda, rodeada por los americanos.

Humo, una llamarada súbita, y formidable explosión. Todo, y todos, perecieron en aqual épico volcán."

tenderlos de la acometidas que el enemigo intentase para recobrar sus convoyes!

¡Qué caro pagaron los pueblos de aquellas regiones asoladas ya por la guerra, los éxitos de los valientes lanceros de Urrea! Taylor impuso formidable contribución de guerra a las poblaciones para indemnizar a su ejército de las pérdidas de aquéllos!

¡*Vae victus!* . . . Pesaba con la balanza de Breno. Tenía que ser.

X X X

A la hacienda de Coyotes, Félix Ita, teniente de las guerrillas del *Cóndor* Urrea, llegó una mañana a la cabeza de treinta valientes que custodiaban once carros quitados a los americanos, cargados de jamones, carne seca, galletas, harina, pescados, dinero en plata y oro, armas, proyectiles y pólvora!

Había sucedido que un convoy de unos doscientos carros se había extraviado entre unas hondonadas y colinas, cortándose la serie . . . Ita, sabiéndolo a tiempo, cargó sobre la fracción americana que escoltaba la vanguardia . . . Hubo un combate horrible; los jinetes mexicanos recibieron a quema ropa el fuego de los voluntarios del Mississippi, sobre los que asestaron el hierro de sus lanzas y el temible lazo habilísimo y sorprendente de sus reatas del Saltillo . . . y mezclóse a las descargas y relinchos de las bestias azoradas, la gritería de los asaltantes proclamando la libertad y vitoreando a la patria.

Y, —justo es consignarlo— como héroes y mártires del deber murieron los soldados yanquis que custodiaban el pan de sus hermanos, quienes en Monterrey los esperaban ávidos . . . y de los que muchos tal vez iban a dormir el sueño eterno en el obscuro fondo de las barrancas de *Buena Vista* y *la Angostura*.

X X X

Gran algazara entre tropa mexicana ahíta de buenas carnes, pan y aguardiente, celebrando el gran golpe en compañía de algunos trabajadores en el patio de la casa de *Coyotes*. ¡Orgía, fatal y disculpable orgía del hambre y la sed que se satisfacen y se hartan con la gloria del botín después del infierno de las tristes jornadas sin pan!

Una alegría dignamente bárbara y humana estalla . . . y aún refiérese que las notas de alegre vihuela desgranaron en la zambra guerrera del triunfo tonante y feroz sus quejas dulcísimas y melancólicas como suspiros . . .

¡Pobres soldados mexicanos ennoblecidos por la desgracia, heróicos en la derrota, admirables a través del eterno infortunio fatal que tenía que hundirlos sin misericordia en el abismo de los sacrificios expiatorios, injustos, pero fatalmente, inexorablemente lógicos! ¡Pobres valientes, siquiera tuvisteis una hora de felicidad y olvido dentro las sombrías paredes de *Coyotes*.

Después . . . ni los huesos de sus cuerpos habían de persistir sobre la tierra mexicana . . .

¡Pobres valientes!

—¡El enemigo, el enemigo! ¡A las armas! Súbito espanto, negra estupefacción, silencio trágico instantáneo, y después de medio segundo toda la ébria multitud, peones y soldados, jefes y oficiales, levantándose a requerir armas y caballos . . . El enemigo! Y puesto que los atacaba allí mismo, muy potente y numeroso debía ser . . .

La Cuestión de los Yaquis

EL DESPOTISMO LOS HIZO TIGRES; EL AGRARISMO LOS CONVIERTE EN CIUDADANOS

Nadie ignora el origen de aquel viejo cáncer nacional denominado "La Cuestión del Yaqui". Radicó en la política "financiera" de rapacidad feudal atentando contra el derecho de propiedad de la tierra y de libertad de los derechos de esa férrea raza sonorensis, tan rica en valores fisiológicos y morales, perdidos durante tantos años por el aislamiento y la carencia de educación. Los plutócratas, apoyados por los pretorianos, convirtieron a los yaquis en tigres. Únicamente la justicia y la devolución de su derecho al cultivo de sus tierras, podían hacer de ellos verdaderos ciudadanos. El Presidente mártir no tuvo tiempo para hacerlo como lo soñó. Y el yaquí siguió siendo, lógicamente y con todo derecho, un noble y fiero tigre rebelde allá en lo abrupto de sus montañas. De ello resultó el antiguo odio al "yori", al blanco, fruto de una explicable generalización psicológica del siempre batido y no domado yaquí.

Hace más de dos años escribíamos en Guadalajara y Mazatlán, mucho antes del triunfo de la última etapa revolucionaria, que "los escasos ciudadanos que intentaron hacer del yaquí enfurecido y eterno enemigo del "yori", un hombre útil a su familia y a su por él ignorada Patria, se convencieron de que si se hubiese tenido con esas duras y bravas tribus, otro género de sistema civilizador, mucho hubiéramos ganado, y que un jefe siempre victorioso habría de ser aquél que tuviera el talento, la paciencia, la energía suave y la bondad viril de educar a esos valientes en la escuela del heroísmo, utilizándolos en favor de una noble empresa abriendo digno cau-

ce al torrente de virtudes físicas y morales de una raza semejante.

Esto fue precisamente lo que hizo el pedestal de las victorias de Obregón, de Hill, de Calles y de Alvarado. Lograron, perseverantes, la transformación de los yaquis, feroces aún; les supieron hablar íntimamente al fondo de sus almas sencillas y supieron utilizarlas en el bien para combatir a los esclavos dictatoriales con la fuerza y fidelidad del yaquí. Conocido es, en efecto, el papel que éste ha jugado en todas las batallas o sea en todas las victorias de Obregón".

Esto escribíamos a mediados de 1918. Los hechos han venido a confirmar nuestras palabras.

Cierto es que mucha sangre nacional hubo de costar la rebelión obstinada de las legiones yaquis que, eternamente engañadas por los viejos procedimientos púnicos, desconfiaron de las intenciones rectas y justicieras de los caudillos de la Revolución.

El indígena agricultor, transformado en tigre por obra de aquellos procedimientos, se obstinó en su agresivo impulso, y para domar su irreductible bravura, hostil a la pacificación del País, se necesitó también del valor y de la abnegación de jefes sonorenses y de algunos sinaloenses.

Efectivamente: si la rebeldía de algunas tribus perduraba aún no ha mucho, culpa no es de los jefes revolucionarios, ni mucho menos de la Revolución, ya que esa semela de persuasión que transformar debe a toda una raza, tiene que obrar lentamente; y hasta que las últimas experiencias no disiparon las desconfianzas justificadas que endurecen el odio heredado de muchos

de los viejos jefes de las tribus más aisladas, no se logró la redención soñada de esas tribus. . . .

Sobre las almas envejecidas en una pasión exclusiva, en un hábito secular, en un vicio que ha envenenado la sangre y la médula, es imposible el triunfo rápido de la experimentación evolutiva. Hay que ir a las nuevas generaciones; hay que ensayar con generosa hidalguía en el espíritu dúctil de la juventud indígena, para poder seguir obteniendo victorias en la guerra y en la paz, al encauzar el torrente de la noble sangre yaquí.

Bien saben esto el señor de la Huerta, nuestro actual Presidente, y el general Elías Calles, quienes, como sonorenses que conocen a fondo el problema, tienden a resolverlo a fin de seleccionar metódicamente los elementos mejores empleando diversos procedimientos que deben ser, como son, muy diferentes de los de especulación, empleados por Díaz y Corral en Papantla, en Tomochitl y en el mismo Yaquí.

La colonización de ciertas tierras con familias yaquis, colonización tan benéfica para éstas como para aquéllas, el empleo de la bravura de los más obstinados varones de sus tribus en la campaña contra los bandoleros a quienes el vicio o la depravación atávica empujaron hacia la carrera de las criminales violencias, y la educación constante y ejemplar de esos elementos, harán posible la total rendición de los yaquis.

Repetimos: La Justicia, la Educación y el Agrarismo práctico, están convirtiendo los viejos tigres de antaño en apacibles y libres, ciudadanos agricultores tan útiles en la paz, como victoriosos en la guerra.

9

Puerto México, a 29 de Agosto de 1920.

Señor General Alvaro Obregón.

Presente.

Muy querido y admirado ciudadano:

En el momento de partir, después de haberme ilusionado con la idea de estrechar esa única y generosa mano de la que tanto espera la Patria, saludo a usted y me despido, confiando en que el alma sinalcoense hermana de la sonorenses, aquí representada por mi íntimo apreciable amigo el popular Lázaro Rodelo, interprete mis sentimientos cerca de Ud.

Hubiera querido yo hablar al pueblo de la personalidad cívica del Ciudadano Obregón... Mas el vapor parte..... Díguese Ud. aceptar como un homenaje más de mi vieja alma de escritor mexicano, ese ejemplar de la última edición de mi libro "Tomóchic"

En Cádiz me honraré al recibir las ordenes de Ud.

Con toda cordialidad y respeto reciba Ud mi adhesión.

Hernández Fierro

El hecho de que el General Alvaro Obregón, sea una vez más, huésped de honor en Guadalajara, obliga a "El Occidental" a cumplir con el grato deber de saludarle, haciendo públicos los pensamientos que nos ha sugerido su actitud cívica, después del triunfo de la Revolución.

Nos referimos únicamente a esta última actitud, porque la etapa anterior de su vida política y militar es bien conocida y admirada, hasta por sus más encarnizados enemigos.

En efecto, sabemos por testimonio fidedigno, que muchos de los más instruidos jefes federales que Villa se llevó de la capital para engrosar sus derrotadas fuerzas, expresaron más tarde, a viva voz, su admiración por el talento estratégico, táctico y organizador de Obregón, y, recordamos que cuando en la misma ciudad de México se creía que el héroe había fallecido, el mismo periódico, órgano nada menos que de la propia malhadada "convención," le dedicó un artículo laudatorio, reconociéndole las más altas cualidades, no sólo como militar sino como dignísimo revolucionario, y en lo íntimo como caballero y ciudadano incorruptible. Y también recordamos, a este respecto, el hecho de que el mismo turibundo anticonstitucionalista Soto y Gama, al referirse a la energía con que se debió tratar a los clericales en México, no pudo menos que lanzar este grito que debió ser hijo de una justa lucidez sincera: "¡Bien por Obregón!"

Dicho esto, como el mejor homenaje, puesto que refleja la opinión hasta de los propios enemigos del Caudillo sonoreense, y dejando aparte todo el esplendor de su vida militar, contemplemos un momento, de un modo sintético, su actuación como Secretario de Guerra y Marina, y habremos de convencernos de que si sus ocho mil kilómetros en campaña requirieron una suma colosal de esfuerzos de pensamiento, de sentimiento, de voluntad y de acción lúcida y pronta, los diez u once meses en que creó, sostuvo y dirigió una verdadera Secretaría de Guerra, constituyen una campaña superior si se quiere, y más gloriosa todavía que sus gloriosas dos mil leguas de combate!

El guerrero de los campos, de las sierras, de las batallas, cuando aún mana sangre el hombro épico, crea del caos vertiginoso de las masas armadas y heroicas; pero desorganizadas, mal equipadas y en gran parte indisciplinadas, un mundo de orden, de disciplina, de organización, de instrucción militar, más aún: de educación.